

## DOCUMENTO

### SEMBLANZA DE CARMEN RIVERA DE ALVARADO\*

Decía Doña Carmen, en un acto conmemorativo del natalicio de Eugenio María de Hostos:

“Como trabajadora social, como miembro de una profesión que es parte esencial de mi vida, agradezco a la Sociedad Hogar Social Eugenio María de Hostos, la invitación para rendir homenaje a un hombre que nació en esta Isla, que amó la verdad, que anhelaba la justicia y que buscaba la ventura de los hombres; a Don Eugenio María de Hostos.”

Respetuosamente tomo sus palabras y digo: como trabajadora social, como miembro de una profesión que es parte esencial de mi vida, agradezco a la Decana de la Facultad de Ciencias Sociales, Juana Almeyda, la invitación para rendir homenaje a una mujer que nació en esta Isla, que amó la libertad, que anhelaba la justicia y que buscaba la igualdad entre los seres humanos; a Carmen Rivera de Alvarado.

Nació esa excepcional mujer el 30 de junio de 1910 en el Barrio Pugnado Afuera de Vega Baja. Fueron sus padres don Facundo Rivera Natal y Doña Carmen Landrón y Landrón. Su padre, un hombre convencido de la necesidad de la justicia social, le decía a su hija:

“De niña cifré en ti mis más halagadoras esperanzas, consistentes en que, andando el tiempo, habrías de manifestarte como una genuina prolongación de mi espíritu, por el amor a todo lo bueno, lo noble y lo bello. Las esperanzas de ayer son las hermosas realidades de hoy, las cuales me fortalecen con el fruto de una satisfacción espiritual, que no cambiaría por todos los tesoros del mundo.”

Los primeros años de Doña Carmen transcurrieron en el mismo barrio en que nació, en la casa grande familiar, junto a sus padres, hermanos y otros familiares. Siempre amó el campo y a la gente humilde. Tuvo una perfecta sintonía con el sentir del pueblo, a quien conocía, porque venía de sus entrañas.

En la Escuela Superior Central de Santurce, donde cursó sus estudios secundarios, obtuvo honores académicos, era la poetisa de la clase. Para esta época, había perdido la visión en un ojo debido a un accidente que ocurrió mientras jugaba con una primita. Nunca tuvo resentimiento hacia ésta, quien jugando le había causado esta seria limitación.

Doña Carmen obtuvo su diploma de Escuela Normal de la Universidad de Puerto Rico en el 1930, recibiendo el premio Carlota Matienzo, que se otorgaba al estudiante más distinguido y de índice académico más alto. En ese mismo año se inició como trabajadora social rural, siendo una de las primeras veintiocho trabajadoras sociales en Puerto Rico.

\* Leída por su autora en ocasión del develamiento de la tarja en la facultad que lleva hoy el nombre de esa destacada educadora, el día 13 de marzo de 1985. (N. del E.)

En el 1931 unió su vida a Don Julián Antonio Alvarado, quien nació en el Barrio Botijas de Orocovis. Hasta la hora de su muerte compartió con él un hogar noble y generoso, donde cabían todos y "sobraba espacio" para compartir lo mucho o lo poco. Siempre ayudando a la familia, amigos, conocidos, extraños, estudiantes; sin preguntar mucho, dando la mano altruista que ayudó a forjar tantos hombres y mujeres de valía en y fuera del país. Juntos, Doña Carmen y Don Antonio y sus hijos Ramonita, Juan y Rafael, abrían la casa en la época navideña, evocándose allí la mejor tradición puertorriqueña, en la presencia de ese espíritu hogareño que caracterizaba la casa grande.

Ayudó a fundar la Sociedad Insular de Trabajadores Sociales en el 1935, de la que fue su primer presidenta. También lo fue del Colegio de Trabajadores Sociales de Puerto Rico, creado por la ley en el 1940.

En el 1936 obtuvo un bachillerato en educación *Magna Cum Laude*, de nuevo en la Universidad de Puerto Rico. Concurrentemente con sus estudios trabajó como investigadora, supervisora y directora de diferentes programas de asistencia social. Una vez terminó los estudios de bachillerato se desempeñó como Secretaria Ejecutiva de la Asociación de Salud Maternal de Puerto Rico, y como Supervisora de Trabajo Médico-Social en el Departamento de Salud.

Se reintegró a la comunidad universitaria de Río Piedras en el 1943. Rápida y simultáneamente con su tarea docente, organizó la Junta de Servicios al Estudiante (hoy Decanato de Estudiantes), la que dirigió hasta el 1947. En la dirección ejecutiva de la Junta, Doña Carmen irradiaba una gran humanidad. Iba más allá de los deberes en los folletos universitarios para resolver todos los problemas que le planteaban los estudiantes. Cuando no había dinero para ayudar a estudiantes necesitados, extendía su mano amiga y con su propio pecunio les satisfacía sus necesidades. Fueron muchos los estudiantes que albergó en su hogar al no poder éstos costear un hospedaje. Se identificó plenamente con el movimiento estudiantil. Se daba una comunicación recíproca entre ella y los estudiantes. Por su participación en los sucesos acaecidos en la Universidad a fines del 1947 y principios del 1948 se le marginó y sufrió el discrimen y la represión.

En 1944 había terminado una maestría en Trabajo Social en la Universidad de Washington, en St. Louis, Missouri. En la Universidad de Pennsylvania, en la ciudad de Philadelphia, se recibió de Doctora en Trabajo Social en el 1955. Allí enseñó por dos años como Asociada en Trabajo Social, siendo además Consejera de Estudiantes y miembro del Comité de Admisiones.

Doña Carmen se desempeñó como profesora de la Escuela Graduada de Trabajo Social de la Universidad de Puerto Rico por espacio de treinta años (1942-1972). Allí enseñó una diversidad de cursos. No fue la maestra que se encariñó con uno o dos cursos a base de preferencias personales, o como ocurre a veces, por comodidad, sino que siempre estuvo dispuesta a enseñar

nuevos cursos para ella, a introducir nuevos enfoques y a probar diferentes acercamientos metodológicos. Simultáneamente con su tarea docente ocupó una diversidad de posiciones, tales como: Presidenta del Comité de Currículo, Coordinadora de Instrucción Práctica, Presidenta del Área de Conducta Humana y Ambiente Social, Directora del Programa de Retardación Mental, Consejera de Estudiantes y de Tesis y miembro del Comité de Admisiones. En el 1966 dirigió el Instituto sobre Desarrollo de Currículo para Escuelas Profesionales en Sociedades Cambiantes que fue ofrecido a miembros de facultades de escuelas de Trabajo Social de América Latina.

No se limitó ella a su labor en la Escuela Graduada de Trabajo Social, sino que se proyectó a la Facultad de Ciencias Sociales, de la cual forma parte dicha Escuela. A nivel pre-graduado enseñó cursos de sociología, sicología, salud mental, desarrollo de la comunidad e historia del bienestar social y del trabajo social. En esta Facultad fue miembro del Comité Coordinador del Decano de Ciencias Sociales y Directora del Comité de Currículo del Instituto de Cooperativismo.

Su figura trascendió la Facultad de Ciencias Sociales, siendo miembro destacado del Senado Académico y de la Asociación Puertorriqueña de Profesores Universitarios. Su excelente labor universitaria fue reconocida por los miembros de la Facultad de Ciencias Sociales, quienes solicitaron a la administración universitaria le concediera el rango de *Profesora Emeritus*. La Universidad de Puerto Rico se honró a sí misma otorgándole este título en la colación de grados de 1973.

La labor profesional de Doña Carmen trascendió también los límites nacionales, haciendo contribuciones excepcionales en eventos celebrados en Cuba en 1959, en México en el 1960 y en Venezuela en el 1971. En 1972 fue nombrada Profesora Visitante Distinguida en la Escuela Graduada de Trabajo Social en el Colegio Hunter, de la ciudad de Nueva York. Fue en Venezuela, en ocasión de celebrarse el Primer Congreso Venezolano de Trabajo Social en junio de 1973, y en calidad de invitada especial, que presentó la ponencia magistral *El Trabajo Social: Una Profesión en la Encrucijada*. Fue ésta su última contribución escrita, pues días después, el 23 de julio, falleció en San Juan. Ante su muerte, expresó Mercedes Martínez, colega venezolana:

“al interpretar el pensamiento y la acción de esta gran mujer abrigamos la esperanza de haberla caracterizado como expresión de un ejemplo de la humanidad que nunca muere. Porque a lo largo de su edificante trayectoria jamás se dio por vencida. Mostrándose dura y firme para enfrentar dificultades. Insobornable y recia en la lucha fecunda de su dilatada obra profesional y revolucionaria.”

Doña Carmen combinó siempre su actividad profesional con una consagración total a la lucha por la independencia de Puerto Rico. Fue fundadora del Partido Independentista Puertorriqueño. Fue la más destacada de las mujeres fundadoras de ese Partido y ocupó los más altos

cargos en su estructura. Fue miembro fundador del Movimiento Pro-Independencia. En todo el proceso de forja de este movimiento, desde la concepción hasta su organización y desarrollo, Doña Carmen aportó ideas y acciones de extraordinaria utilidad que permitieron crecer a ese colectivo hasta convertirse en el Partido Socialista Puertorriqueño, en el que militó hasta la hora de su muerte.

Esa conjugación perfecta del patriotismo y la conciencia social la plasmó profesionalmente en la fundación de las dos organizaciones vanguardistas de Trabajo Social que han existido en Puerto Rico: Acción Social Puertorriqueña y la Asociación Nacional de Trabajadores Sociales de Puerto Rico.

Mientras trabajó como Profesora Visitante Distinguida en la ciudad de Nueva York fue reclamada por la Fundación Ford como consultora para la concesión de becas doctorales. Participó en el comité que presentó el caso de Puerto Rico ante las Naciones Unidas ese año. Fue invitada de honor del Departamento de Estudios Puertorriqueños del Colegio Lehman así como por el City College. En todos los períodos en que vivió en los Estados Unidos de América, trabajó con los sectores más progresistas por los derechos de los puertorriqueños sometidos al discrimin en dicho país.

Esta mujer a quien honramos hoy tuvo un papel destacado en la lucha por darle a la mujer puertorriqueña una participación activa en los afanes de su pueblo, por romper las barreras de prejuicio que destinaban a la mujer al currículo limitado de las faenas domésticas y obstaculizaban su aportación completa a todo el movimiento social.

Dentro de su cargado calendario, Doña Carmen siempre encontró tiempo para realizar trabajo voluntario. Su presencia fue notable en los campos de los derechos civiles, retardación mental, prevención y tratamiento del cáncer, salud mental, bienestar de la familia y delincuencia juvenil.

La sensibilidad exquisita de Doña Carmen quedó recogida para la historia en sus múltiples escritos en prosa y verso. La publicación de su obra escrita ha de ser otra de las maneras de perpetuar su memoria.

Toda esta obra que hemos presentado brevemente no tendría el significado que tiene si no fuera por las virtudes que poseía Doña Carmen. Lo que hizo grande a esta mujer es que fue ante todo puertorriqueña. Amó a su pueblo entrañablemente y luchó con perseverancia y resistencia por salvaguardar la Patria.

Tuvo amor infinito para la humanidad. Amaba sin límites a su familia, a sus estudiantes, a sus compañeros, a todos los que venían en contacto con ella. Aquellas palabras suyas de que "el mentor que no ama a sus discípulos no merece el título de maestro", retrata claramente a la gran Maestra a quien rendimos homenaje.

Tenía Doña Carmen una conciencia ardiente de la necesidad de la justicia, lo que la llevaba a optar por lo justo en cada situación.

Descubrió ella el sentido de su vida. Virtud que debe tener todo maestro

para poder ayudar a sus estudiantes a encontrar el sentido de sus vidas.

Se caracterizó por su humildad. Nunca hizo alarde de sus conocimientos, de sus títulos, ni de sus laureles.

Fue valiente y firme en sus convicciones, acatando en cuestiones éticas, todos los dictados de su conciencia.

Su sentido de responsabilidad, su preocupación por el deber cumplido fueron parte de su vida. Era exigente consigo misma y lo era también con aquellos a su alrededor. Así fue hasta los últimos momentos de su vida. En su lecho en el hospital no cesaba de preocuparse por tareas inconclusas.

Podríamos seguir hablando sobre las virtudes que adornaban la personalidad de esa gran patriota puertorriqueña, trabajadora social, maestra, amiga y compañera que fue Carmen Rivera de Alvarado. Por el momento, quisiéramos unirnos a unas palabras que pronunciara el Lic. Juan Mari Bras en uno de los actos que se han celebrado para recordar a Doña Carmen:

“Porque es de la arcilla de mujeres como Carmen Rivera de Alvarado que puede amasarse hasta concretarse en realidad la esperanza de un mundo justo, de un mundo de libertad, de un mundo donde no haya explotados ni explotadores. Y éste es el sentido de Doña Carmen.”

*Raquel Seda de Calderón, Ph.D  
Catedrática*